

BACHILLER.

Pues habrá grajos que te piquen la lengua y aun los ojos.

RANA.

Dime, desventurado, ¿qué demonio se revistió en tu lengua? ¿Quién te mete á ti en reprender á la justicia? ¿Has tú de gobernar á la república? Métete en tus campanas y en tu oficio; deja á los que gobiernan, que ellos saben lo que han de hacer mejor que no nosotros. Si fueren malos, ruega por su enmienda; si buenos, porque Dios no nos los quite.

BACHILLER.

Nuestro Rana es un santo y un bendito.

Vuelve ALGARROBA; trae la manta.

ALGARROBA.

No ha de quedar por manta.

BACHILLER.

Asgan, pues, todos, sin que queden gitanos ni gitanas. ¡Arriba, amigos!

SACRISTÁN.

Por Dios que va de veras.

¡Vive Dios!, si me enojo, que bonito soy yo para estas burlas. Por San Pedro, que están descomulgados todos cuantos han tocado los pelos de la manta.

RANA.

Basta, no más. Aquí cese el castigo, que el pobre debe estar arrepentido.

SACRISTÁN.

Y molido, que es más. De aquí adelante me coseré la boca con dos cabos de zapatero.

RANA.

Aqueso es lo que importa.

BACHILLER.

Vénganse los gitanos á mi casa, que tengo que decilles.

GITANO.

Tras ti vamos.

BACHILLER.

Quedarse ha la elección para mañana; y desde luego doy mi voto á Rana.

GITANO.

¿Cantaremos, señor?

BACHILLER.

Lo que quisiéredes.

PANDURO.

No hay quien cante cual nuestra Rana canta.

JARRETE.

No solamente canta, sino encanta. (*Éntrase cantando: Pisaré yo el polvico.*)

4

IV. — Entremés de la Guarda Cuidadosa.

Sale un SOLDADO á lo pícaro, con una muy mala banda y un autojo, y detrás de él un mal SACRISTÁN.

SOLDADO.

¿Qué me quieres, sombra vana?

SACRISTÁN.

No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLDADO.

Pues con todo eso, por la fuerza de mi desgracia, te conjuro que me digas quién eres y qué es lo que buscas por esta calle.

SACRISTÁN.

A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha, que soy Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo, y tú buscas y no hallas.

SOLDADO.

¿Buscas por ventura á Cristinica, la fregona de esta casa?

SACRISTÁN.

Tu dixisti.

SOLDADO.

Pues ven acá, sota-sacristán de Satanás.

SACRISTÁN.

Pues voy allá, caballo de Ginebra.

SOLDADO.

Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez; ¿y tú no sabes, Pasillas, que pasado te vea yo con un chuzo, que Cristinica es prenda mía?

SACRISTÁN.

¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus caba- les y por mía?

SOLDADO.

¡Vive Dios, que te dé mil cuchilladas y que te haga la cabeza pedazos!

SACRISTÁN.

Con las que le cuelgan desas calzas y con dese vestido, se podrá entretener sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLDADO.

¿Has hablado alguna vez á Cristina?

SACRISTÁN.

Cuando quiero.

SOLDADO.

¿Qué dádivas le has hecho?

SACRISTÁN.

Muchas.

SOLDADO.

¿Cuántas y cuáles?

SACRISTÁN.

Díle una de estas cajas de carne de membrillo muy grande, llena cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve; y de añadidura cuatro cabos de velas de cera, asimismo blancas como un armiño.

SOLDADO.

¿Qué más le has dado?

SACRISTÁN.

En un billete envueltos cien mil deseos de servirla.

SOLDADO.

Y ella ¿cómo te ha correspondido?

SACRISTÁN.

Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLDADO.

Luego, ¿no eres de epístola?¹

SACRISTÁN.

Ni aun de completas; motilón soy y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad, y presto lo veredes.

SOLDADO.

Ven acá, motilón arrastrado; respóndeme á esto que preguntar te quiero. Si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, á la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá á la grandeza de las mías? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito, por lo menos, en un revés de un memorial que di á su Majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes; que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre, el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor; y sin atender á que, sin duda alguna, me podía valer cuatro ó seis reales, con liberalidad increíble y con desenfado notable, escribí en el revés dél, como he dicho, mi billete; y sé que de mis manos pecadoras llegó á las tuyas casi santas.

SACRISTÁN.

¿Hasle enviado otra cosa?

SOLDADO.

Suspiros, lágrimas, sollozos, paraísmos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias, que para descubrir su pasión los buenos enamorados usan y deben de usar en todo tiempo y sazón.

SACRISTÁN.

¿Hasle dado alguna música concertada?

SOLDADO.

La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.

SACRISTÁN.

Pues á mí me ha acontecido dárselas con mis

¹ Quizás, en vez de «epístola» deba leerse «visperas», según lo que añade el Sacristán.

campanas á cada paso, y tanto, que tengo enfadada á toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre ofreciéndome á su servicio; y aunque haya de tocar á muerto, repico á visperas solenes.

SOLDADO.

En eso me llevas ventaja; porque no tengo que tocar, ni cosa que lo valga.

SACRISTÁN.

¿Y de qué manera ha correspondido Cristina á la infinidad de tantos servicios como le has hecho?

SOLDADO.

Con no verme, con no hablanme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona y el agua de fregar cuando friega; y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y á su puerta; porque soy su guarda cuidadosa, soy, en fin, el perro del hortelano, etc. Yo no la gozo ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere; por eso váyase de aquí el señor sota-sacristán, que por haber tenido y tener respeto á las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SACRISTÁN.

A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLDADO.

El hábito no hace al monje; y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto¹ hecho añicos; porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios; y váyase, que haré lo que dicho tengo.

SACRISTÁN.

¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

SOLDADO.

¿Qué puede ser un Pasillas?

SACRISTÁN.

Agora lo veredes, dijo Agrages. (*Éntrase el SACRISTÁN.*)

SOLDADO.

¡Oh, mujeres, mujeres; todas ó las más mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, á esta flor, á este jardín de la soldadesca y acomodaste con el muladar de un sota-sacristán, pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguando tu gusto, con ojear desta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna vía pueden ser tus amantes; y así vendré á alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

¹ Acaso deba leerse «manteo». El manto era más propio del traje femenino.

Entra un Mozo con su caja y ropa verde como estos que piden limosna para alguna imagen.

MOZO.

Den, por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía que les guarde la vista de los ojos. ¡Ah, de casa! ¡Dan la limosna?

SOLDADO.

Hola, amigo Santa Lucía, venid acá. ¿Qué es lo que queréis en esa casa?

MOZO.

¿Ya vuestra merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía.

SOLDADO.

¿Pedís para la lámpara ó para el aceite de la lámpara? Que como decís limosna para la lámpara del aceite, parece que la lámpara es del aceite y no el aceite de la lámpara.

MOZO.

Ya todos entienden que pido para el aceite de la lámpara y no para la lámpara del aceite.

SOLDADO.

¿Y suelen os dar limosna en esta casa?

MOZO.

Cada día dos maravedís.

SOLDADO.

¿Y quién sale á dároslos?

MOZO.

Quien se halla más á mano; aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro.

SOLDADO.

Así que ¿es la fregoncita bonita como un oro?

MOZO.

Y como unas perlas.

SOLDADO.

¿De modo que no os parece mal á vos la muchacha?

MOZO.

Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.

SOLDADO.

¿Cómo os llamáis?, que no querría volveros á llamar Santa Lucía.

MOZO.

Yo, señor, Andrés me llamo.

SOLDADO.

Pues, señor Andrés, esté en lo que quiero decirle. Tome este cuarto de á ocho y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en esta casa y suele recibir por mano de Cristina; y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro días no vuelva á llegar á esta puerta, ni por lumbre, que le romperé las costillas á coces.

MOZO.

Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo; no tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy. *(Vase.)*

SOLDADO.

No, sino dormíos, guarda cuidadosa.

Entra otro Mozo vendiendo y fregonando tranzaderas, holandanda de Cambray, randas de Flandes y hilo portugués.

UNO.

¿Compran tranzaderas, randas de Flandes Holanda, Cambray, hilo portugués?

CRISTINA á la ventana.

CRISTINA.

Hola, Manuel; ¿traéis vivos para unas camisas?

UNO.

Sí traigo, y muy buenos.

CRISTINA.

Pues entrá, que mi señora los ha menester.

SOLDADO.

¡Oh, estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza!—Tranzaderas, ó como os llamáis, ¿conocéis aquella doncella que os llamó desde la ventana?

UNO.

Sí conozco; pero, ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

SOLDADO.

¿No tiene muy buen rostro y muy buena gracia?

UNO.

Á mí así me lo parece.

SOLDADO.

Pues también me parece á mí que no entre dentro desa casa, sino, por Dios [que he] ¹ de molelle los huesos sin dejarle ninguno sano.

UNO.

¿Pues no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

SOLDADO.

Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego.

UNO.

¡Terrible caso! Pasito, señor soldado, que ya me voy. *(Vase MANUEL.)*

CRISTINA á la ventana.

CRISTINA.

¿No entras, Manuel?

SOLDADO.

Ya se fué Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque á muertos y á vivos tienes debaio de tu mando y señoría.

¹ Los modernos editores intercalaron aquí la palabra «juero», que nos parece innecesaria.

CRISTINA.

¡Jesús, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta? *(Entrase CRISTINA.)*

SOLDADO.

Encubrióse y púsose mi sol detrás de las nubes.

Entra un ZAPATERO con unas chinelas pequeñas nuevas en la mano; y yendo á entrar en casa de CRISTINA detiéndole el SOLDADO.

SOLDADO.

Señor bueno, ¿busca vuesa merced algo en esta casa?

ZAPATERO.

Sí, busco.

SOLDADO.

¿Y á quién, si fuere posible saberlo?

ZAPATERO.

¿Por qué no? Busco á una fregona que está en esta casa para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLDADO.

¿De manera que vuesa merced es su zapatero?

ZAPATERO.

Muchas veces la he calzado.

SOLDADO.

¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

ZAPATERO.

No será menester; si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, sí calzara.

SOLDADO.

¿Y éstas están pagadas ó no?

ZAPATERO.

No están pagadas, que ella me las ha de pagar agora.

SOLDADO.

¿No me haría vuesa merced una merced que sería para mí muy grande, y es que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí á dos días, que espero tener dineros en abundancia?

ZAPATERO.

Sí haré por cierto; venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar á nadie.

SOLDADO.

Yo le daré á vuesa merced un mondadientes que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene vuesa merced la tienda para que vaya á quitarle?

ZAPATERO.

En la calle Mayor, en un poste de aquellos, y llámome Juan Juncos.

SOLDADO.

Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es este, y estímele vuesa merced mucho, porque es mío.

ZAPATERO.

Pues una viznaga que apenas vale dos maravedís ¿quiere vuesa merced que estime en mucho?

SOLDADO.

¡Oh, pecador de mí! No la doy yo sino para recuerdo de mí mismo; porque cuando vaya á echar mano á la faldriquera, y no halle la viznaga, me venga á la memoria que la tiene vuesa merced y vaya luego á quitalla; si á fe de soldado que no la doy por otra cosa; pero si no está contento con ella, añadiré esta banda y este antojo, que al buen pagador no le duelen prendas.

ZAPATERO.

Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar á vuesa merced de sus joyas y preseas. Vuesa merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más á cuento.

SOLDADO.

¿Cuántos puntos tienen?

ZAPATERO.

Cinco escasos.

SOLDADO.

Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagáros. Escuche vuesa merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso que me ha salido medido:

Chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.

¿Es poeta vuesa merced?

SOLDADO.

Famoso, y agora lo verá; esteme atento.

Chinelas de mis entrañas.

GLOSA

Es amor tan gran tirano,
que olvidado de la fe
que le guardo siempre en vano,
hoy, con la funda de un pie,
da á mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
fundas pequeñas y hurañas,
que ya mi alma imagina
que sois, por ser de Cristina,
chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.

Á mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son ó parecen buenas.

SOLDADO.

Pues señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas, que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mí mal halladas, llévelo, á lo menos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí á dos días que yo vaya por ellas; y por ahora digo

por esta vez al señor zapatero que no ha de ver ni hablar á Cristina.

ZAPATERO.

Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos, el de la necesidad y el de los celos.

SOLDADO.

Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAPATERO.

¡Oh, celos, celos! ¡Cuán mejor os llamaran duelos, duelos! (*Éntrase el ZAPATERO.*)

SOLDADO.

No sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento. Pero ¿qué voz es esta? Sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando cuando barre ó friega. (*Suenan dentro platos, como que friegan y cantan.*)

Sacristán de mi vida, ténme por tuya, y fiado en mi fe canta alleluya.

Oídos que tal oyen. Sin duda el sacristán debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh, platera la más limpia que tiene, tuvo ó tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué así como limpias esa loza talaveril, que traes entre las manos y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sota-sacristaniles?

Entra el AMO de CRISTINA.

AMO.

Galán, ¿qué quiere ó qué busca á esta puerta?

SOLDADO.

Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo. Pero ¿quién es vuesa merced que me lo pregunta?

AMO.

Soy el dueño desta casa.

SOLDADO.

¿El amo de Cristinica?

AMO.

El mismo.

SOLDADO.

Pues lléguese vuesa merced á esta parte y tome este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo, que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO.

Pues no ha habido, á lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años á esta parte.

SOLDADO.

Vuesa merced es hombre pacífico y no está obligado á entenderse mucho de las cosas de la guerra; pase los ojos por esos papeles y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

AMO.

Yo los doy por pasados y vistos. Pero ¿de qué sirve darme cuenta desto?

SOLDADO.

De que hallará vuesa merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que están vacas en el reino de Nápoles; conviene á saber: Gaeta, Barleta y Rijoles¹.

AMO.

Hasta agora ninguna cosa me importan á mí estas relaciones que vuesa merced me da.

SOLDADO.

Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.

AMO.

¿En qué manera?

SOLDADO.

En que por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveído en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica; y siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mí persona y de mí mucha hacienda, como de cosa propia; que no tengo de mostrarme desagradecido á la crianza que vuesa merced ha hecho á mi querida y amada consorte.

AMO.

Vuesa merced lo ha de los cascós, más que otra parte.

SOLDADO.

¿Pues sabe cuánto le va, señor dulce?; que me la ha de entregar luego, luego, ó no ha de atravesar los umbrales de su casa.

AMO.

¡Hay tal disparate! ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el sota-sacristán PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa. Viene con él otro SACRISTÁN con un morrión y una vara ó palo, atado á él un rabo de zorra.

SACRISTÁN.

Ea, amigo Grajales, que este es el turbador de mi sosiego.

GRAJALES.

No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas, que ya le hubiera despachado al otro mundo á toda diligencia.

AMO.

Ténganse, gentiles hombres; ¿qué desmán y qué acecinamiento² es este?

¹ Probablemente Rijoles.

² Quizás escribiría Cervantes «acaecimiento».

SOLDADO.

¡Ladrones!, ¿á traición y en cuadrilla? Sacristanes falsos, voto á tal que os tengo de horadar, aunque tengáis más órdenes que un ceremonial. Cobarde, ¿á mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, ó piensas que estás quitando el polvo á alguna imagen de bulto?

GRAJALES.

No pienso, sino que estoy ojeando¹ los mosquitos de una tinaja de vino.

Á la ventana CRISTINA y su AMA.

CRISTINA.

¡Señora, señora!, ¡que matan á mi señor! ¡Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran, que me quitan la vista!

ELLA.

Dices verdad, hija mía. Dios sea con él. Santa Ursula con las once mil vírgenes sea en su guarda. Ven, Cristina, y bajemos á socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO.

Por vida de vuestas mercedes, caballeros, que se tengan y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLDADO.

Tente, rabo, y tente, tapadorcillo, no acabéis de despertar mi cólera; que si la acabo de despertar, os mataré y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno.

AMO.

Ténganse digo; si no, por Dios que me descomponga de modo que pese á alguno.

SOLDADO.

Por mí, tenido soy; que tengo respeto por la imagen que tienes en tu casa.

SACRISTÁN.

Pues aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLDADO.

¿Han visto la desvergüenza de este bellaco, que me viene á hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dío² que está en Lisboa?

Salen CRISTINA y su SEÑORA.

ELLA.

¡Ay, marido mío! ¿Estáis, por desgracia, herido, bien de mi alma?

CRISTINA.

¡Ay, desdichada de mí! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLDADO.

Aun bien que voy á la parte con el sacristán, que también dijo «mi soldado».

AMO.

No estoy herido, señora; pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA.

¿Cómo por Cristinica?

AMO.

Á lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA.

¿Y es esto verdad, mochacha?

CRISTINA.

Sí, señora.

ELLA.

Mirad con qué poca vergüenza lo dice; ¿y háte deshonrado alguno dellos?

CRISTINA.

Sí, señora.

ELLA.

¿Cuál?

CRISTINA.

El sacristán me deshonró el otro día cuando fuí al Rastro.

ELLA.

¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta mochacha fuera de casa, que ya era grande y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? ¿Y dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

CRISTINA.

Á ninguna parte, sino allí, en mitad de la calle.

ELLA.

¿Cómo en mitad de la calle?

CRISTINA.

Allí en mitad de la calle de Toledo, á vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de suicia y de deshonesta, de poca vergüenza y menos miramiento, y otros muchos baldones de este jaez; y todo por estar celoso de aquel soldado.

AMO.

¿Luego no ha pasado otra cosa entre ti ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

CRISTINA.

No por cierto, porque luego se le pasó la cólera.

ELLA.

El alma me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRISTINA.

Y más, que todo cuanto me dijo fué confiado en esta cédula que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

¹ ¿Será «oxtando»?

² Diu, isla de la India; que tomaron los portugueses en 1535 después de un tenaz asedio. A los proyectiles empleados en él aludirá Cervantes en el presente lugar.

AMO.
Muestra, veamos.

ELLA.
Leedla alto, marido.

AMO.
Así dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, sota-sacristán de esta parroquia, que quiero bien y muy bien á la señora Cristina de Parraces, y en fe desta verdad, le di ésta firmada de mi nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de San Andrés, á seis de Mayo, deste presente año de mil y seiscientos y once. Testigos: mi corazón, mi entendimiento, mi voluntad y mi memoria.—*Lorenzo Pasillas.*»
¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

SACRISTÁN.
Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo aquello que ella quisiere, que yo haga por ella; porque quien da la voluntad, lo da todo.

AMO.
Luego si ella quisiese ¿bien os casaríades con ella?

SACRISTÁN.
De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

SOLDADO.
Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy que al entrar de la Puente Segoviana dí yo á Cristina la mía, con todos los anejos á mis tres potencias; y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá á decir de ser castellano de un famoso castillo á un sacristán no entero, sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

AMO.
¿Tienes deseo de casarte, Crisínica?

CRISTINA.
Sí, tengo.

AMO.
Pues escoge de estos dos que se te ofrecen el que más te agrade.

CRISTINA.
Tengo vergüenza.

ELLA.
No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser á gusto propio, y no á voluntad ajena.

CRISTINA.
Vuestas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga, aunque todavía quisiera escoger.

SOLDADO.
Niña, échame el ojo, mira mi garbo; soldado soy; castellano pienso ser; brío tengo de corazón; soy el más galán hombre del mundo, y por el hilo deste vestidillo podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SACRISTÁN.

Cristina, yo soy músico, aunque de campanas. Para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado y ganar de comer como un príncipe.

AMO.
Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te agrada, que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.

SOLDADO.
Yo me allano.

SACRISTÁN.
Y yo me rindo.

CRISTINA.
Pues escojo al sacristán.

Han entrado los Músicos.

AMO.
Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero para que, con sus guitarras y voces, nos entremos á celebrar el desposorio cantando y bailando; y el señor soldado será mi convidado.

SOLDADO.
Acepto:
Que donde hay fuerza de hecho, se pierde cualquier derecho.

MÚSICO.
Pues hemos llegado á tiempo; éste será el estribillo de nuestra letra.

Cantan el estribillo.

Siempre escogen las mujeres aquello que vale menos, porque excede su mal gusto á cualquier merecimiento.

Ya no se estima el valor porque se estima el dinero, pues un sacristán prefieren á un roto soldado lego. Mas no es mucho, que quien vió que fué su voto tan necio que á sagrado se acogiese, que es de delincuentes puerto. Que adonde hay fuerza, etc.

Como es propio de un soldado que es sólo en los años viejo y se halla sin un cuarto, porque ha dejado su tercio, imaginar que ser puede pretendiente de ¹ Gaíferos, conquistando por lo bravo lo que yo por manso adquiero, no me afrentan tus razones pues has perdido en el juego; que siempre un picado tiene licencia para hacer fieros. Que adonde hay fuerza, etc.

(Éntranse cantando y bailando.)

¹ Acaso deba leerse «á lo Gaíferos».

5

V.—Entremés del Vizcaíno Fingido.

Salen SOLÓRZANO y QUIÑONES.

SOLÓRZANO.
Estas son las bolsas, y á lo que parecen son bien parecidas, y las cadenas que van dentro, ni más ni menos. No hay sino que vos acudáis con mi intento, que á pesar de la taimería de esta sevillana, ha de quedar esta vez burlada.

QUIÑONES.
¿Tanta honra se adquiere, ó tanta habilidad se muestra en engañar á una mujer, que lo tomáis con tanto ahinco y ponéis tanta solicitud en ello?

SOLÓRZANO.
Cuando las mujeres son como ésta, es gusto el burlallas. Cuanto más que esta burla no ha de pasar de los tejados arriba; quiero decir, que ni ha de ser con ofensa de Dios ni con daño de la burlada; que no son burlas las que redundan en desprecio ajeno.

QUIÑONES.
Alto; pues vos lo queréis, sea así. Digo que yo os ayudaré en todo cuanto me habéis dicho, y sabré fingir tan bien como vos, que no lo puedo más encarecer. ¿Adónde váis agora?

SOLÓRZANO.
Derecho en casa de la ninfa; y vos no salgáis de casa, que yo os llamaré á su tiempo.

QUIÑONES.
Allí estaré clavado esperando.

(Éntranse los dos.)

Salen doña CRISTINA y doña BRÍGIDA; CRISTINA sin manto y BRÍGIDA con él, toda asustada y turbada.

CRISTINA.
¡Jesús!, ¿qué es lo que traes, amiga doña Brígida, que parece que quieres dar el alma á su Hacedor?

BRÍGIDA.
Doña Cristina amiga, hazme aire, rocíame con un poco de agua este rostro, que me muero, que me fino, que se me arranca el alma. ¡Dios sea conmigo; confesión á toda priesa!

CRISTINA.
¿Qué es esto? ¿Desdichada de mí! ¿No me dirás, amiga, lo que te ha sucedido? ¿Has visto alguna mala visión? ¿Hante dado alguna mala nueva de que es muerta tu madre ó de que viene tu marido, ó hante robado tus joyas?

BRÍGIDA.
Ni he visto visión alguna, ni se ha muerto mi madre, ni viene mi marido, que aún le faltan tres meses para acabar el negocio donde fué; ni me han robado mis joyas; pero hame sucedido otra cosa peor.

CRISTINA.

Acaba, dímelas, doña Brígida mía; que me tienes turbada y suspensa hasta saberla.

BRÍGIDA.

¡Ay, querida, que también te toca á ti parte de este mal suceso! Límpiame este rostro, que él y todo el cuerpo tengo bañado en sudor, más frío que la nieve. Desdichadas de aquellas que andan en la vida libre, que si quieren tener algún poquito de autoridad granjeada de aquí ó de allí, se la dejarretan y se la quitan al mejor tiempo.

CRISTINA.
Acaba por tu vida, amiga, y dime lo que te ha sucedido, y qué es la desgracia de quien yo también tengo de tener parte.

BRÍGIDA.

¿Y cómo si tendrás parte, y mucha, si eres discreta, como lo eres! Has de saber, hermana, que viniendo agora á verte, al pasar por la puerta de Guadalajara, oí que en medio de infinita justicia y gente estaba un pregonero pregonando que quitaban los coches ¹, y que las mujeres descubriesen los rostros por las calles.

CRISTINA.
¿Y esa es la mala nueva?

BRÍGIDA.
Pues para nosotras, ¿puede ser peor en el mundo?

CRISTINA.
Yo creo, hermana, que debe de ser alguna reformación de los coches, que no es posible que los quiten de todo punto; y será cosa muy acertada, porque según he oído decir, andaba muy de caída la caballería en España; porque se empanaban diez ó doce caballeros mozos en un coche, y azotaban las calles de noche y de día, sin acordárseles que había caballos y jineta en el mundo; y como les falte la comodidad de las galeras de la tierra, que son los coches, volverán al ejercicio de la caballería, con quien sus antepasados se honraron.

BRÍGIDA.
¡Ay, Cristina de mi alma!, que también oí decir que aunque dejan algunos, es con condición que no se presten, ni que en ellos ande ninguna... ya me entiendes.

CRISTINA.
Ese mal nos hagan; porque has de saber, hermana, que está en opinión entre los que siguen la guerra, cuál es mejor, la caballería ó la infantería, y hase averiguado que la infantería española lleva la gala á todas las naciones; y agora podremos las alegres mostrar á pie nuestra gallardía, nuestro garbo y nuestra bizarría, y más yendo descubiertos los rostros, quitando la ocasión de que ninguno se llame á engaño, si nos sirviese, pues nos ha visto.

¹ Esto fué en 1011, fecha casi segura del presente entremés.

BRÍGIDA.

¡Ay, Cristina!, no me digas eso. ¡Qué linda cosa era ir sentada en la popa de un coche, llenándola de parte á parte, dando rostro á quien y cómo y cuando quería! Y en Dios y en mi ánima te digo, que cuando alguna vez me le prestaban y me veía sentada en él con aquella autoridad, que me desvanecía tanto, que creía bien y verdaderamente que era mujer principal, y que más de cuatro señoras de título pudieran ser mis criadas.

CRISTINA.

¿Veis, doña Brígida, cómo tengo yo razón en decir que ha sido bien quitar los coches, siquiera por quitarnos á nosotras el pecado de la vanagloria? Y más que no era bien que un coche igualase á las no tales con las tales; pues viendo los ojos extranjeros á una persona en un coche, pomposa por galas, reluciente por joyas, echaría á perder la cortesía, haciéndosela á ella como si fuera una principal señora. Así que, amiga, no debes congojarte, sino acomoda tu brío y tu limpieza y tu manto de soplillo sevillano y tus nuevos chapines, en todo caso con las virillas de plata, y déjate ir por esas calles, que yo te aseguro que no falten moscas á tan buena miel si quisieres dejar que á ti se lleguen; que engaño en más va que en besarla durmiendo.

BRÍGIDA.

Dios te lo pague, amiga, que me has consolado con tus advertimientos y consejos; y en verdad que los pienso poner en práctica, y pulirme y repulirme y dar rostro á pie y pisar el polvico á tan menudico, pues no tengo quien me corte la cabeza; que este que piensan que es mi marido, no lo es, aunque me ha dado la palabra de serlo.

CRISTINA.

¡Jesús!, ¿tan á la sorda y sin llamar se entra en mi casa, señor? ¿Qué es lo que vuesa merced manda?

Entra Solórzano.

SOLÓRZANO.

Vuesa merced perdone el atrevimiento, que la ocasión hace al ladrón. Hallé la puerta abierta y entréme, dándome ánimo al entrar-me, venir á servir á vuesa merced y no con palabras, sino con obras. Y si es que puedo hablar delante de esta señora, diré á lo que vengo y la intención que traigo.

CRISTINA.

De la buena presencia de vuesa merced no se puede esperar sino que han de ser buenas sus palabras y sus obras. Diga vuesa merced lo que quisiere, que la señora doña Brígida es tan mi amiga, que es otra yo misma.

SOLÓRZANO.

Con ese seguro y con esa licencia, hablaré con verdad; y con verdad, señora, soy un cortesano á quien vuesa merced no conoce.

CRISTINA.

Así es la verdad.

SOLÓRZANO.

Y ha muchos días que deseo servir á vuesa merced, obligado á ello de su hermosura, buenas partes y mejor término; pero estrechezas, que no faltan, han sido freno á las obras hasta agora, que la suerte ha querido que de Vizcaya me enviase un grande amigo mío á un hijo suyo, vizcaíno, muy galán, para que yo le lleve á Salamanca y le ponga de mi mano en compañía que le honre y le enseñe; porque, para decir la verdad á vuesa merced, él es un poco burro y tiene algo de mentecapto; y añádesele á esto una tacha que es lástima decirla, cuanto más tenerla, y es que se toma algún tanto, un si es no es, del vino; pero no de manera que de todo en todo pierda el juicio, puesto que se le turba; y cuando está asomado y aún casi todo el cuerpo fuera de la ventana, es cosa maravillosa su alegría y su liberalidad. Da todo cuanto tiene á quien se lo pide y á quien no se lo pide; y yo querría que, ya que el diablo se ha de llevar cuanto tiene, aprovecharme de alguna cosa, y no he hallado mejor medio que traerle á casa de vuesa merced, porque es muy amigo de damas, y aquí le desollaremos cerrado como á gato; y para principio traigo aquí á vuesa merced esta cadena en este bolsillo que pesa ciento y veinte escudos de oro, la cual tomará vuesa merced y me dará diez escudos agora, que yo he menester para ciertas cosillas, y gastará otros veinte en una cena esta noche que vendrá acá nuestro burro ó nuestro búfalo, que le llevo yo por el naso, como dicen; y á dos idas y venidas se quedará vuesa merced con toda la cadena, que yo no quiero más de los diez escudos de agora. La cadena es bonísima, y de muy buen oro, y vale algo de hechura; hela aquí; vuestra merced la tome.

CRISTINA.

Beso á vuesa merced las manos por la que me ha hecho en acordarse de mí en tan provechosa ocasión; pero, si he de decir lo que siento, tanta liberalidad me tiene algo confusa y algún tanto sospechosa.

SOLÓRZANO.

¿Pues de qué es la sospecha, señora mía?

CRISTINA.

De que podrá ser esta cadena de alquimia; que se suele decir, que no es oro todo lo que reluce.

SOLÓRZANO.

Vuesa merced habla discretísimamente, y no en balde tiene vuesa merced fama de la más discreta dama de la corte; y hame dado mucho gusto el ver cuán sin melindres ni rodeos me ha descubierto su corazón; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte. Vuesa merced se cubra su manto, ó envíe, si tiene de quien fiarse, y vaya á la platería, y en el contraste se pese y toque esa cadena, y cuando fuere fina y de la bondad que yo he di-

cho, entonces vuesa merced me dará los diez escudos, harále ¹ una regalaría ² al borrico y se quedará con ella.

CRISTINA.

Aquí pared y medio tengo yo un platero, mi conocido, que con facilidad me sacará de duda.

SOLÓRZANO.

Eso es lo que yo quiero y lo que amo y lo que estimo, que las cosas claras Dios las bendijo.

CRISTINA.

Si es que vuesa merced se atreve á fiarme esta cadena, en tanto que me satisfago, de aquí á un poco podrá venir, que yo tendré los diez escudos en oro.

SOLÓRZANO.

¡Bueno es eso! Fío mi honra en vuesa merced y no le había de fiar la cadena? Vuesa merced la haga tocar y retocar, que yo me voy y volveré de aquí á media hora.

CRISTINA.

Y aún antes, si es que mi vecino está en casa. (*Entra Solórzano.*)

BRÍGIDA.

Esta, Cristina amiga, no sólo es ventura, sino venturón llovido. ¡Desdichada de mí y qué desgraciada que soy, que nunca topo quien me dé un jarro de agua sin que me cueste mi trabajo primero! Sólo me encontré el otro día en la calle á un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trecientos en mi alabanza.

CRISTINA.

Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés que te diera trecientos reales.

BRÍGIDA.

Sí, por cierto, ahí están los ginoveses de manifiesto y para venirse á la mano como halcones al señuelo. Andan todos malencónicos y tristes con el decreto.

CRISTINA.

Mira, Brígida ³, de esto quiero que estés cierta, que vale más un ginovés quebrado que cuatro poetas enteros; mas, ¡ay!, el viento corre en popa; mi platero es éste.—¿Y qué quiere mi buen vecino?, que á fe que me ha quitado el manto de los hombros, que ya me le quería cubrir para buscarlo.

Entra el PLATERO.

PLATERO.

Señora doña Cristina, vuesa merced me ha de hacer una merced de hacer todas sus fuerzas para llevar mañana á mi mujer á la comedia, que me conviene y me importa quedar

¹ Harále en la ed. 1.^a
² Los modernos editores escriben «regalaría». Ambas palabras faltan en el *Diccionario* de la Academia.
³ Cristina en la ed. 1.^a

mañana en la tarde libre de tener quien me siga y me persiga.

CRISTINA.

Eso haré yo de muy buena gana, y aun si el señor vecino quiere mi casa y cuanto hay en ella, aquí la hallará sola y desembarazada, que bien sé en qué caen estos negocios.

PLATERO.

No, señora, entretener á mi mujer me basta. Pero ¿qué quería vuesa merced de mí, que quería ir á buscarme?

CRISTINA.

No más sino que me diga el señor vecino qué pesará esta cadena y si es fina y de qué quilates.

PLATERO.

Esta cadena he tenido yo en mis manos muchas veces, y sé que pesa ciento y cincuenta escudos de oro de á veinte y dos quilates; y que si vuesa merced la compra y si la dan sin hechura, no perderá nada en ella.

CRISTINA.

Alguna hechura me ha de costar, pero no mucha.

PLATERO.

Mire cómo la concierta la señora vecina; que yo le haré dar, cuando se quisiere deshacer della, diez ducados de hechura.

CRISTINA.

Menos me ha de costar si yo puedo; pero mire el vecino no se engañe en lo que dice de la fineza del oro y cantidad del peso.

PLATERO.

¡Bueno sería que yo me engañase en mi oficio! Digo, señora, que dos veces la he tocado eslabón por eslabón y la he pesado y la conozco como á mis manos.

BRÍGIDA.

Con eso nos contentamos.

PLATERO.

Y por más señas, sé que la ha llegado á pesar y á tocar un gentil hombre cortesano que se llama Tal de Solórzano.

CRISTINA.

Basta, señor vecino, vaya con Dios, que yo haré lo que me deja mandado; yo la llevaré y entretendré dos horas más si fuese menester; que bien sé que no podrá dañar una hora más de entretenimiento.

PLATERO.

Con vuesa merced me entierren que sabe de todo; y adiós, señora mía. (*Entra el PLATERO.*)

BRÍGIDA.

¿No haríamos con este cortesano Solórzano, que así se debe llamar sin duda, que trujese con el vizcaíno para mí alguna ayuda de costa, aunque fuese de algún borgoñón más borracho que un zaque?

CRISTINA.

Por decirselo no quedará; pero vesle, aquí vuelve. Priesa trae, diligente anda; sus diez escudos le agujian y espolean.

Entra SOLÓRZANO.

SOLÓRZANO.

Pues, señora doña Cristina, ¿ha hecho vuesa merced sus diligencias? ¿Está acreditada la cadena?

CRISTINA.

¿Cómo es el nombre de vuesa merced, por su vida?

SOLÓRZANO.

Don Esteban de Solórzano me suelen llamar en mi casa; pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

CRISTINA.

Por acabar de echar el sello á su mucha verdad y cortesía. Entretenga vuesa merced un poco á la señora doña Brígida, en tanto que entro por los diez escudos. (*Éntrase CRISTINA.*)

BRÍGIDA.

Señor don Solórzano, ¿no tendrá vuesa merced por ahí algún mondadientes para mí? Que en verdad no soy para desechar, y que tengo yo tan buenas entradas y salidas en mi casa como la señora doña Cristina; que á no temer que nos oyera alguna, le digera yo al señor Solórzano más de cuatro tachas suyas; que sepa que tiene las tetas como dos alforjas vacías y que no le huele muy bien el aliento, porque se afeita mucho; y con todo eso la buscan, solicitan y quieren; que estoy por arañarme esta cara, más de rabia que de envidia, porque ¹ no hay quien me dé la mano, entre tantos que me dan del pie; en fin, la ventura de las feas...

SOLÓRZANO.

No se desespere vuesa merced, que si yo vivo, otro gallo cantará en su gallinero.

Vuelve á entrar CRISTINA.

CRISTINA.

He aquí, señor don Esteban, los diez escudos, y la cena se aderezará esta noche como para un príncipe.

SOLÓRZANO.

Pues nuestro burro está á la puerta de la calle, quiero ir por él. Vuesa merced me le acaricie aunque sea como quien toma una píldora ². (*Váse SOLÓRZANO.*)

BRÍGIDA.

Ya le dije, amiga, que trujese quien me regalase á mí, y dijo que sí haría andando el tiempo.

CRISTINA.

Andando el tiempo en nosotras, no hay quién nos regale, amiga; los pocos años traen la mucha ganancia, y los muchos la mucha pérdida.

¹ «Por quien» en la edic. de 1615.

² Suplido el *dora* de la palabra *píldora*.

BRÍGIDA.

También le dije como vas muy limpia, muy linda y muy agraciada y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones.

CRISTINA.

Ya yo sé, amiga, que tienes muy buenas ausencias.

BRÍGIDA.

(Mirad quien tiene amartelados; que vale más la suela de mi botín que las arandelas de su cuello; otra vez vuelvo á decir la ventura de las feas.)

Entran QUIÑONES y SOLÓRZANO.

QUIÑONES.

Vizcaíno, manos bésame; vuesa merced que mándeme.

SOLÓRZANO.

Dice el señor vizcaíno que besa las manos de vuesa merced, y que le mande.

BRÍGIDA.

¡Ay, qué linda lengua! Yo no la entiendo á lo menos, pero paréceme muy linda.

CRISTINA.

Yo beso las del mi señor vizcaíno, y más adelante.

QUIÑONES.

Pareces buena, hermosa. También noche esta cenamos. Cadena quedas. Duermas nunca. Basta que dóila.

SOLÓRZANO.

Dice mi compañero que vuesa merced le parece buena y hermosa. Que se apareje la cena. Que él da la cadena, aunque no duerma acá, que basta que una vez la haya dado.

BRÍGIDA.

¿Hay tal Alejandro en el mundo? ¡Venturón venturón y cien mil veces venturón!

SOLÓRZANO.

Si hay algún poco de conserva y algún traguito del devoto para el señor vizcaíno, yo sé que nos valdrá, por uno, ciento.

CRISTINA.

¡Y cómo sí lo hay!, y yo entraré por ello y se lo daré mejor que al Preste Juan de las Indias.

(Éntrase CRISTINA.)

QUIÑONES.

Dama que quedaste, tan buena como entraste.

BRÍGIDA.

¿Qué ha dicho, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Que la dama que se queda, que es vuesa merced, es tan buena como la que se ha entrado.

BRÍGIDA.

Y como que está en lo cierto el señor vizcaíno; á fe que en este parecer que no es nada burro.

QUIÑONES.

Burro el diablo; vizcaíno ingenio queréis cuando tenerlo.

BRÍGIDA.

Ya le entiendo, que dice: que el diablo es el burro; y que los vizcaínos, cuando quieren tener ingenio, le tienen.

SOLÓRZANO.

Así es, sin faltar un punto.

Vuelve á salir CRISTINA con un criado ó criada que traen una caja de conserva, una garrafa con vino, su cuchillo y servilleta.

CRISTINA.

Bien puede comer el señor vizcaíno, y sin asco, que todo cuanto hay en esta casa es la quinta esencia de la limpieza.

QUIÑONES.

Dulce conmigo, vino y agua llamas bueno; santo le muestras, esta le bebo y otra también.

BRÍGIDA.

¡Ay, Dios!, ¡y con qué donaire lo dice el buen señor, aunque no le entiendo!

SOLÓRZANO.

Dice que con lo dulce también bebe vino como agua, y que este vino es de San Martín, y que beberá otra vez.

CRISTINA.

Y aún otras ciento; su boca puede ser medida.

SOLÓRZANO.

No le den más, que le hace mal, y ya se le va echando de ver; que le he dicho yo al señor Azcaray que no beba vino en ningún modo y no aprovecha.

QUIÑONES.

Vamos, que vino que subes y bajas, lengua es grillos y corma es pies. Tarde vuelvo, señora, Dios que te guárdate.

SOLÓRZANO.

Miren lo que dice y verán si tengo yo razón.

CRISTINA.

¿Qué es lo que ha dicho, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Que el vino es grillo de su lengua y corma de sus pies; que vendrá esta tarde y que vuestras mercedes se queden con Dios.

BRÍGIDA.

¡Ay, pecadora de mí, y cómo que se le turban los ojos y se trastraba la lengua! ¡Jesús, que ya va dando traspiés!, pues monta que ha bebido mucho. La mayor lástima es esta que he visto en mi vida. ¡Miren qué mocedad y qué borrachera!

SOLÓRZANO.

Ya venía él refrendado de casa. Vuesa merced, señora Cristina, haga aderezar la cena, que yo le quiero llevar á dormir el vino, y se-

remos temprano esta tarde. (*Éntrase el VIZCAÍNO y SOLÓRZANO.*)

CRISTINA.

Todo estará como de molde; vayan vuestas mercedes en hora buena.

BRÍGIDA.

Amiga Cristina, muéstrame esa cadena y déjame dar con ella dos filos al deseo. ¡Ay, qué linda, qué nueva, qué reluciente y qué barata! Digo, Cristina, que sin saber cómo ni cómo no, llueven los bienes sobre ti y se te entra la ventura por las puertas sin solicitalla. En efecto, eres venturosa sobre las venturosas; pero todo lo merecen tu desenfado, tu limpieza y tu magnífico término; hechizos bastantes á rendir las más descuidadas y exentas voluntades; y no como yo, que no soy para dar migas á un gato. Toma tu cadena, hermana, que estoy para reventar en lágrimas; y no de envidia que á ti te tenga, sino de lástima que me tengo á mí.

Vuelve á entrar SOLÓRZANO.

SOLÓRZANO.

La mayor desgracia nos ha sucedido del mundo.

BRÍGIDA.

¡Jesús, desgracia! ¿Y qué es, señor Solórzano?

SOLÓRZANO.

Á la vuelta de esta calle, yendo á la casa, encontramos con un criado del padre de nuestro vizcaíno, el cual trae cartas y nuevas de que su padre queda á punto de expirar, y le manda que al momento se parta, si quiere hallarle vivo. Trae dinero para la partida, que sin duda ha de ser luego. Yo le he tomado diez escudos para vuesa merced, y velos aquí con los diez que vuesa merced me dió denantes; y vuélvase la cadena, que si el padre vive, el hijo volverá á darla, ó yo no seré don Esteban de Solórzano.

CRISTINA.

En verdad que á mí me pesa; y no por mi interés, sino por la desgracia del mancebo, que ya le había tomado afición.

BRÍGIDA.

Buenos son diez escudos ganados tan hól-gando; tómalos, amiga, y vuelve la cadena al señor Solórzano.

CRISTINA.

Vela aquí y venga el dinero; que en verdad que pensaba gastar más de treinta en la cena.

SOLÓRZANO.

Señora Cristina, al perro viejo nunca tus tus. Estas tretas con los de las galleruzas, y con este hueso á otro perro ¹.

CRISTINA.

¿Para qué son tantos refranes, señor Solórzano?

¹ Perro á otro hueso, en la ed. príncipe.